



Colmenar Viejo



II CERTAMEN RELATO CORTO 2022

La ciudad de los árboles Andrea Gil Ruiz

–Que tus palabras siempre sean como haikus: destellos breves que iluminan –solía decir mi madre cada vez que la molestaba mientras escribía–. Escoge con cuidado, con delicadeza y pronuncia con decisión, pero solo si tus palabras son más urgentes que el silencio.

Mi madre era poeta, aunque hacía años que no creía en la primavera. Los años le habían arrebatado la juventud y la inocencia, y ningún sol naciente parecía traerle el perdón que se negaba. Su pluma aún le acompañaba y solía dedicarle todas las horas posibles del día a escribir waka, haikus y otra poesía nipona. Ambas envejecieron juntas tras una guerra, tras un terremoto, tras un tsunami, tras una vida manchada de muerte. Sus libros de poemas sobre la guerra se habían convertido en grandes clásicos de Japón, y le permitieron criarme sin carencias. También me enseñaron a entender nuestro pasado. Ya apenas publicaba y se había recogido en casa para vivir un vejez tranquila y rodeada de sus más preciados enseres, los libros.

Perdió su primera pluma en 1945, junto a sus padres. Aquel día amaneció, pero no salió en sol. Siempre me día que debieron creer en las señales. Debieron creer que una sola bomba podía barrer una ciudad porque los niños creen lo que se les dice, pero a veces los adultos nos empeñábamos en ser incrédulos. Porque lo hicieron, cayeron, y luego llovió espeso y negro como un manto de horror sobre Hiroshima y Nagasaki.

Los cerezos ya habían comenzado a florecer a principios de marzo en Sendai, la antigua Ciudad de los árboles y Akina, que significa flor de primavera, se dejó un poema de diecisiete sílabas sobre la mesa aquella mañana:

llueve sobre tu
rostro de porcelana o
caen las flores

Me robó una sonrisa antes de irme al trabajo.

–Este año deberíamos celebrar el *hanami* en Mikamine, mamá. A papá le habría gustado. El miércoles está bien, es mi día libre –le dije antes de desaparecer por la puerta.

Llevábamos once años sin noticias de mi padre. Sabíamos que probablemente nunca volveríamos a saber nada. Contaba como uno de los cientos de desaparecidos tras el tsunami que arrasó Sendai en 2011. Mi padre trabajaba en el puerto, en una empresa atunera de alto renombre internacional. Mi vaga memoria de niño recordaba detalles nimios de aquel día y de los meses siguientes. Recordaba los terremotos, las sacudidas, gritos de pánico y los profesores moviéndonos bajo los pupitres en la escuela. Recordaba con claridad el terror en la cara de mi madre cuando nos reencontramos y los meses de aceptación y luto en los que no dejó que nos separáramos.

Mi madre nunca me permitió regresar al puerto. Durante la primavera trabajaba en un arrozal, primero con la preparación de los plantones de arroz, seleccionando semillas y tratándolas para que germinasen y levantando la tierra para que al inundarlos se nivelaran. Era un trabajo duro con pocos descansos, pero sacaba el dinero suficiente para vivir unos meses sin preocupaciones. Después solía trabajar en el mercado ayudando a mis tíos en la venta de pescados. Nunca disfruté de estudiar, aunque la lectura me atrapaba. Sin embargo, desistí de sacarme un grado y dediqué mi vida a trabajos manuales en los que era bueno y que además hacían que el tiempo me pareciera un guiño.

El miércoles llegó sin darse cuenta. Preparamos makis de erizo y aguacate, sashimi de salmón y té para hacer un picnic. La brisa era agradable y aquella mañana fui yo quien le dejé un papel sobre la mesa:

Siente la verdad,
su propio peso cala.
Nuestra humanidad

Había desarrollado la habilidad de hablar en versos de diecisiete sílabas y muchas veces mi madre y yo nos comunicábamos así, mediante poemas y sonrisas.

La importancia de los *sakura* en Japón era antigua. Cuando florecían estos árboles, comenzaba la primavera y marcaba el momento perfecto para plantar el arroz, el alimento más importante de nuestra cultura. Nos sentamos bajo un manto rosado de cerezos y comimos sin prisa. Hablamos de mi padre y nos reímos, mientras la fugacidad del momento se escapaba con el atardecer.

–Kazuo, extraño el mar.

Dejé que el silencio se llevara sus palabras un instante.

–Te llevaré pronto. Un día que sople poco el viento.

–Aún le temo, pero tú siempre consigues que encuentre paz.

Le acaricié la cabeza con cuidado mientras no dejaban de caer las flores, esperando que entendiese lo que quería decirle con todas esas palabras que son urgentes, pero que a veces no pronunciamos: *Quédate aquí a mi lado, quédate... Y entre todas esas cosas que nos pasan, déjame quererte.*

